

# Cooke

## parlamentario

# HOMENAJE A MANZI

Señor presidente, a veces esta Cámara, por vía de sus homenajes, evoca la memoria de los altos espíritus que con su firme mano y su decidido tesón permitieron a la patria hallar los caminos que desde el fondo secreto de la eternidad el Altísimo les había señalado. Pero muchas veces también esta Cámara rinde su respetuoso homenaje a los espíritus menores, soldados que batallan impávidos la campaña de la vida, sin esperar otra recompensa ni otra paga que la justa.

Homero Manzi, el poeta recientemente fallecido, fue uno de esos hombres. Su pasión del pueblo lo volvió sin cesar a su fuente y en ella enraizó su arte con la cálida verdad que exprimía del mundo palpitante que lo rodeaba.

Como ciudadano, a través de un hondo fervor argentino, puso al servicio de sus ideales, una militancia de entereza y de talento. Como ser humano reafirmó en cada uno de sus actos esa altísima verdad —siempre sabida y siempre olvidada— de que sólo a través del amor y la solidaridad puede salvarse este mundo que, al violar cada día todos los valores morales, se carga también cada día con las promesas de la esterilidad y la muerte irremediables.

Poeta de la palabra y la imagen, se mantuvo firme en el cultivo de las tradiciones que canta el pueblo.

El arte, como resultado final de una larga, compleja y depuradora serie de procesos espirituales, se asienta en lo más hondo del paisaje físico que circunda al creador. La obra de arte sólo existe y perdura cuando entre el creador y el suelo que lo sostiene se mantiene vivo un nexo comunicante, en forma tal que en la obra de arte se hagan patentes las virtudes de la tierra original.

Manzi volcó su talento poético en el tono menor de la milonga y del tango. Buenos Aires creó el tango, que lo representa con parte de su grandeza y con el reflejo

de sus vicios. Ya podrán las investigaciones musicológicas y coreográficas rastrear los oscuros gérmenes que le dieron vida, pero la verdad es que constituye una expresión característica que tipifica a un mundo de extramuros —paisaje crepuscular entre el campo y la ciudad— donde se mantienen vivas algunas formas de lo argentino.

Manzi sabía que en el desprecio de las clases dirigentes por el tango había la animadversión —y tal vez el remordimiento— de quienes eran culpables de las causas económicas y sociales que dieron nacimiento a ese fondo de pobreza y desamparo que anida en el cantar de la metrópoli.

Cantó en el tango la poesía de la clase humilde, a la que casi un siglo de dominio de la oligarquía había convertido en una desheredada a la que sólo se la convocaba teórica y espaciadamente para legalizar la continuidad de los poderes económicos en el manejo de los comandos del país.

Como era un auténtico creador —es decir, que aprendía por intuición lo que la masa conocía por instinto— comprendía que por encima de un escepticismo, que era sólo el despecho de no ver llegada la oportunidad de hacer cumplir sus imperativos, el hombre argentino mantenía la perennidad de sus altos valores: el sentido del tiempo, el sentido del espacio, el sentido de lo telúrico, reflejados en las características que configuran lo más noble del alma argentina: el sentido de la igualdad, la fe en el porvenir, el culto nacional del coraje, el elogio de la amistad, el pundonor criollo.

Todo eso nos lo dijo Manzi. No necesitó para ello hacer concesiones a lo guarango ni a lo baratamente sensiblero. No tuvo actitud de moligatería ante el lunfardo, pero prescindió de él porque era otro su lenguaje. No trató tampoco, por vía de su cultura, de llevar

la canci  
mo aca  
con esa  
de su d

A la  
tema. E  
desoefie  
innoble  
reaccion  
to mon  
deros a  
cantó e  
viril: "C  
llorar",  
nos Aire  
sus patie  
entrada  
veces p  
pampa,  
cólicas y

Esqui  
te pir  
te llo  
en las

Expre  
rra de b  
cantado  
en forma  
significac  
visión fu  
lentamen

Sañ J  
Pomp  
La est  
tu cas



la canción popular por el cauce muerto del culteranismo academizante. Se limitó, sencillamente, a escribir con esa fluidez que emanaba de su inspiración fresca y de su destreza eximia.

A la dignidad de la forma añadió la dignidad en el tema. El tango y la milonga se prestan para que se desempeñen por el terreno de lo vulgar —y a veces de lo innoble— quienes carecen de capacidad y vuelo. Manzi reaccionó contra ese tango desteñido y decadente, relato monocorde de derrotas sufridas por hombres plañideros a manos de bellezas infieles. Por el contrario, cantó el tango y la milonga de lo nuestro con acento viril: "Otros se quejan cantando, yo canto para no llorar", nos dice en uno de sus versos. Cantó a Buenos Aires con sus calles bordeadas de árboles umbrosos sus patios abiertos en malvones y jazmines para darle entrada al cielo, sus arrabales rosados con calles que a veces parece que son la simple prolongación de la pampa, y sus ocasos transitados por muchachas melancólicas y, varones de la

Esquina de barrio porteño,  
te pintan los muros, la luna y el sol,  
te lloran las lluvias de invierno  
en las acuarelas de mi evocación. . .

Expresó con clara fuerza poética todo lo que encierra de belleza la magia de ese paisaje, que ya había cantado Carriego en tono menor, y que Borges esculpó en formas diamantinas que superan lo local para darle significación universal. En sus palabras se reflejó la visión fugaz y eterna de los atardeceres, sombreando lentamente el sosiego de los arrabales:

Sañ Juan y Boedo antiguo y todo el cielo, . . . . .  
Pompeya y más allá la inundación. . .  
La esquina del herrero, barro y pampa,  
tu casa, tu vereda y el zanjón.

En los versos de Manzi todos los movimientos del alma conservan esa auténtica y natural violencia que permite aquilatar lo perentorio y auténtico de su obra. A la mujer que le arrebató la muerte, la puede evocar con esta ternura y sencillez:

Llegabas por el sendero,  
delantal y trenzas sueltas. . .

Castigo me dio tu mano  
pero más dolió tu ausencia.

Cuando es el infortunio amoroso la causa de su pena, se queja con asento varonil, sin notas de abyecta sumisión hacia la mujer que no lo amó. Dice su canto:

Milonga para que nunca  
la canten en tu balcón. . .

No sé pa qué me la nombran  
si no la puedo olvidar.

También la cultura del país tiene otra deuda con Manzi. Aportó al cine argentino el soplo vivificador de su talento y de su empuje, frente a la mediocridad desoladora de este cine nacional que se ha pasado su vida pidiendo protección oficial y que, ahora que la tiene, nada hace por levantar el nivel artístico de la producción; cine que se limita a orientarse por los cauces hedonísticos de las ganancias rápidas a costa de la cultura del pueblo. Manzi le dio un sentido y permitió que se trasvasase a imágenes inolvidables la Guerra gaucha, de Lugones, o se nos contase el drama tremendo de Pampa bárbara, conflicto entre la soledad del hombre y la soledad de la pampa, captando para siempre en el asombro de nuestras pupilas.

Desdénó el pintoresquismo, todo aquello que es mera forma, que sirve para esconder lo íntimo, lo real, lo auténtico.

Se adentró en lo que tiene de hondo y de auténtico la tierra y el hombre argentinos, comprendiendo que, debajo de aquello que ven los ojos frívolos, hay entrañados panoramas físicos y anímicos que constituyen la esencia de la tierra argentina, hecha de ventura y de dramas, de esfuerzos amargos y triunfos jubilosos.

Militaba en nuestro movimiento es cierto, pero no queremos en este instante de emoción reivindicar, en límites partidistas, lo que es dolor colectivo lanceado por el recuerdo.

Entre él y el país que tanto amó queda tendido el puente de sus poemas, que han de batallar con el tiempo su perención y su olvido.

Nosotros, con palabras de Borges a otro poeta, también prematuramente fallecido, decimos nuestra frustración y nuestra impotencia ante su muerte:

Que sabrá oponer nuestra voz

A lo confirmado por la disolución, la lágrima, el mármol.

Señor presidente: la muerte, la vieja capitana de Baudelaire, ha levantado nuevamente sus anclas llevándose a un hombre noble y justo hacia la comarca de las sombras. Nos deja sólo su recuerdo. En la congoja de los días, las músicas nos convocarán las músicas, los paisajes harán resurgir los paisajes y la voz del poeta seguirá trayendo paz y tristeza a nuestras vigiliat.

Ya terminó este tributo de respeto a su memoria con sus propias palabras, trenzadas en cuerdas de cien guitarras:

Con un silencio de potros  
La pampa lo despidió.